

SOCIABILIDAD CHILENA

INTRODUCCIÓN

Descends du haut des cieux, auguste vérité!
VOLTAIRE.

En las épocas transitorias de la civilización aparece esa multitud de espíritus decaídos. La inspiración que necesita un objeto, la voluntad, un apoyo para ejercer su poder, languidecen, al faltarles el aliento vivificante de la fe. El poder de expansión que solicitan se amortigua a la presencia de la indiferencia externa, o por la impotencia de la fe que anhelan. Observan al universo por medio de análisis y lo divisan cubierto por la nieve del invierno. Entonces, el poder que sienten se concentra y devora la misma actividad que lo alimenta. Así vemos esos hombres que, nacidos en la tranquilidad de la materia, desesperan al penetrar en el infierno subterráneo de las sociedades. Pero, en medio de todo esto, en medio del lento desarrollo que tenemos; en medio de este desierto sin guía: la sociedad al presente; en medio de los elementos sociales que de vez en cuando se sublevan, suelen aparecer ciertos hechos, inspiraciones, o incidentes que nos deciden en la marcha ambigua, que nos sacuden, nos detienen, nos hacen pedir cuenta de lo que vemos y de lo que columbramos. Entonces, el individuo de aislado que vivía, tiende su mano para seguir el carro de la sociedad y, de egoísta, pasa a escuchar el gemido del hermano. Entonces calla

la anarquía de su vida intelectual y arroja al abismo de la nada el horrible pensamiento del suicidio social, de la desesperación satánica y del clamor impotente. El caos de su inteligencia se desenvuelve, lo alumbra una centella de la pira universal: la fraternidad. Su voluntad que yacía débil, ha sentido la trompeta divina y se levanta titánica. A los que duden de este resultado y hayan pasado por los dolores de su siglo les preguntaría: ¿habéis sentido en medio de vuestras tribulaciones morales, en medio de vuestra ignorancia acerca del absoluto, en medio de la falta de corazones que respondan a vuestras angustias, en medio del espantoso cuadro de los padecimientos humanos, habéis, les diría, sentido esos movimientos espontáneos, al escuchar el gemido del que padece el ruido de la cadena del prisionero? ¿Habéis escuchado los cánticos sublimes que arrojan los pueblos al marchar a las batallas? ¿Habéis sentido a la presencia de las bellezas de la naturaleza, al oír los cantos del poeta, al ver al hombre íntimo exteriorizado por la pintura, habéis sentido, les diría, esos embelesos misteriosos, esas agitaciones volcánicas, esos llamamientos divinos hacia una cosa que no sabemos, invisible, infinita?... ¡Sí, me diréis! Habéis sentido, esas impresiones,

pero fugaces; las habéis sentido, pero la realidad estaba cerca; habéis entrevisto el misterio profundo de los cielos, pero la nube pasaba y vuestra vista bajaba hacia la tierra; habéis llorado, pero la carcajada de la indiferencia os volvía a la vida del mundo.

Todo esto pasa. ¡Ésta es la vida!..

¡Mezcla incomprensible del sublime y del ridículo, del fatalismo y de la libertad! Vida, te sentimos y venimos a pedirte cuenta de lo que has hecho de nosotros y de lo que nos prometes. Es a nombre de esos llamamientos espontáneos, de los cuales se aferra la razón para formar la nueva síntesis, que nos detenemos, ponemos la mano en la conciencia, la planta en el foro de la prensa, para decir: Somos hombres de Chile: luego, veamos en las filas de la humanidad el lugar que ocupa el tricolor.

I

NUESTRO PASADO

Voz fue oída en Ramá, lloro y mucho lamento
MATEO.

Nuestro pasado es la España. La España es la edad media. La edad media se componía en alma y cuerpo del catolicismo y de la feudalidad. Examinémosla separadamente. Esa sociedad así llamada, compuesta con los resultados de la civilización romana, idealizada por la religión católica y renovada por las costumbres originales de los bárbaros, forma el núcleo, el nudo que une al mundo antiguo con el mundo moderno. Roma deja su legislación, su industria y la mitología. El catolicismo, la escolástica, los mitos orientales con el colorido de la revelación, pero con una perfección notable. Los bárbaros, la

espontaneidad de sus creencias y la exaltación de la individualidad. Reflexión, fe, espontaneidad; Roma, Oriente, los bárbaros, he allí los elementos. Se chocan, la sangre corre, pero el bárbaro hecho católico triunfó. El tiempo marcha, el sistema se entabla, el catolicismo impera, el bárbaro no abdica completamente su originalidad y la edad media se levanta de entre las ruinas de la invasión, de entre la sangre de tantos años de combate.

He allí esa sociedad, esa civilización afirmada en sus castillos y sus claustros para resistir al torrente del mundo que se desplomaba. Sociedad verdadera porque era una, porque tenía una creencia que la alimentaba y que le daba esa originalidad tan original; sociedad de alma y cuerpo bajo este aspecto. Es decir, catolicismo y feudalidad, espíritu y tierra, religión y política. Analicemos sus dos fases separadas.

II

LA TIERRA, LA POLÍTICA

Ved cual el bárbaro del Norte, cambia su tienda vigorosa en castillo soberbio. Ved cual depone su masa a los pies del sacerdote católico; vedlo reconocer otro poder que el de la fuerza; pero se encierra en su castillo, el fraile se hace guerrero; se hacen señores, se ensoberbecen. El señor feudal conquista, extiende su dominio, domina al débil conquistado, enseñoorea la tierra, la **apropia**, y recibe su propiedad de bautismo de la legitimidad católica; el pobre, el débil, el conquistado, trabaja, gime y depone el fruto de su trabajo al pie del señor del castillo. Sufre, se le oprime, se le hace servir como esclavo y como soldado, sus hijas son violadas, no tiene a quien apelar. La ley y la justicia, el poder y la aplicación, vienen de una misma mano. *“El señor, cansado de la caza, hacía abrir un vasallo*

para calentar sus pies en sangre". La desesperación aumenta, pero el sacerdote católico le dice: este mundo no es sino de miseria. "Todo poder viene de Dios, someteos a su voluntad". He aquí la glorificación de la esclavitud. Una montaña de nieve sobre el fuego de la dignidad individual. He aquí la glorificación de la esclavitud.

III ESPÍRITU

El catolicismo sometió a la barbarie. Su poder de propaganda necesitaba organización, táctica y medios, y ésta es la causa del poder temporal y feudal que se abroga. La fe era su instrumento. No podía convencer, necesitaba rápidamente alistar a sus banderas la barbarie, y he aquí el mito, el simbolismo, la forma, la pompa, el misterio, la poesía sentimental e imaginaria que constituyen el catolicismo, que viene a deslumbrar los ojos estáticos del bárbaro, y sus oídos salvajes¹. El bárbaro se deslumbra, se somete, es católico. He aquí la gloria del catolicismo, su mérito en la historia. Pero como nosotros, saliendo de la eternidad, hemos caído en el tiempo llamado siglo XIX, juzgaremos según nuestra capacidad de lo que es con respecto a la sociedad nueva y a la filosofía que renueva las religiones. Desde esta altura es como vamos a hablar rápidamente. El catolicismo es religión simbólica y de prácticas que necesita y crea una jerarquía y una clase poseedora de la ciencia. Religión autoritaria que cree en la autoridad infalible de la Iglesia, es decir, en la jerarquía de esos **hombres**; y, además, la autoridad irremediable sobre la conciencia

individual por medio de la confesión. Autoridad del fraile, autoridad del clérigo, autoridad del Papa, autoridad del concilio. Religión simbólica y formulista que hace inseparable la práctica de la forma, del espíritu de la ley. De aquí la necesidad absoluta de la práctica y del sacerdote. Éste es el templo del sistema, penetremos y oigamos la predicación y su espíritu.

En primer lugar, los principios eternos de la filosofía, la unidad de Dios, la inmortalidad, los premios futuros y los misterios orientales.

"Creo en un solo Dios, padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra; creo en Jesucristo, su único hijo, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y nació de la santa Virgen María, que padeció bajo el poder de Poncio Pilatos y fue crucificado y resucitó al tercer día de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios padre. Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, la vida perdurable, el perdón de los pecados".

Allí tenemos los misterios de la creación entera.

La trinidad universal, es decir, la unidad del pensamiento creador y su desarrollo en la creación de todo lo que existe por medio del Espíritu Santo. La encarnación, es decir el verbo, la palabra, Dios hablando a los hombres: la revelación en el hijo, en Jesucristo. La encarnación de la palabra, del verbo, es decir la eucaristía, es la representación, el símbolo de Cristo que se sacrificó por la redención. El bien y el mal, esa dualidad terrible, ese misterio, el más temible de las cosmogonías, ese problema quizá el más arduo de la ciencia, queda cubierto

¹ Habría que agregar, el cebo de la conquista, con que la Iglesia impulsaba a los bárbaros, sea para destruir a sus enemigos, sea para participar del botín de una provincia, de un reino, de una zona territorial que se ofrecía, a la avaricia de la barbarie en cambio de la fe.
Nota de la 3a edición.

por la poética aventura de Eva y la serpiente. La fe aquí tiene que venir al auxilio de la razón y la misericordia divina para mal, y el pecado es el consuelo y quizá la mejor respuesta a *posteriori*. Estos misterios, y los de la creación toda, necesitan popularizarse. Y de aquí nace la **humanización** de los misterios, es decir su explicación **dramática**, es decir, su explicación **humana**; la trinidad es padre, hijo y Espíritu Santo. El Verbo Divino es Jesucristo; la pureza de su origen es la Virgen; su misión redentora y heroica se explica por la crucifixión y redención. He aquí la cosmogonía, el simbolismo del catolicismo. Éste es su fondo, incluyendo el juicio futuro; el purgatorio que es la expiación momentánea de las almas, de donde nace la institución terrena de las **ánimas**, y todo el simbolismo que se emplea para aliviarlas en esta mansión. Pero donde el catolicismo tiene su punto deslindante y más original es en la institución de la Iglesia, de donde nace la armazón exterior y el conjunto de preceptos que conocemos con el nombre de catolicismo y que son las condiciones necesarias de su existencia autoritaria en inteligencia y gobierno.

Es un hecho psicológico que la repetición de los actos consagra su existencia duradera. De aquí nace la necesidad de la repetición de las fórmulas y ritos que representan el fondo de una creencia. De aquí la necesidad del arte para que inmortalice, si es posible, su existencia. De todas las artes, la que lleva el carácter de desafiar al tiempo, es la arquitectura, y también la que arroba y sorprende más a la imaginación popular. Luego, los templos y los ritos que impulsen a los hombres a los templos, son condiciones **recíprocas** de un culto. Así la Iglesia manda oír misa entera los domingos y fiestas de guardar. Comulgar por pascua florida y la porción de simbólicos misterios relacionados con el origen y fin del hombre que necesitan del templo y del sacerdote. Bautismo, para lavar el pecado

original. Confirmación, es decir, la fianza de católico. Comunión, la protesta en la creencia de todos los misterios de la encarnación, Trinidad, absolución de los pecados. Extremaunción, la despedida y pasaporte del individuo para el otro mundo. Matrimonio, único medio legítimo de propagación que necesita el simbolismo de la unión trinitaria: mujer, hombre y sacerdote. Los términos y bases de la producción y el vínculo de unión y, últimamente, orden sacerdotal que es el complemento de la condición exterior del individuo católico.

Éste se puede decir que es el simbolismo espiritual, ritual y barato, necesario para llevar al individuo a los templos y mantener la fe. Ahora vamos a ver los necesarios para la existencia de la autoridad terrena de la Iglesia. Establecida por el **credo** católico la infalibilidad de la Iglesia, la conciencia, en la multitud de circunstancias humanas, tiene que apelar a la interpretación del texto. El texto no se puede interpretar. Luego, debe recurrir al sacerdote. De aquí nace la confesión, la abnegación del individuo al individuo; de la conciencia humana a la conciencia humana: “confesarse a lo menos una vez en el año” dice el texto. Con este mandamiento, el más poderoso, el más terrible, como es la exploración de la conciencia abierta, bien se ve que el culto que se apoya en él parece llevar el sello de la eternidad. El sacerdote impone lo que quiere, luego el individuo es la renovación del sacerdote en su conciencia. Este precepto basta para el mantenimiento de una creencia, cualquiera que sea. El sacerdote, desde el absoluto trono de su confesionario, puede disponer del universo... Sujetemos la lógica de las consecuencias que salen de suyo.

El principio bárbaro, no tememos el decirlo, de creer que Dios se gloria en los padecimientos humanos, o que queda vindicado por medio de nuestros sufrimientos; principio terrorista que altera la naturaleza del Dios del **infinito**, del

Dios del **absoluto** bien; principio que el cristianismo primitivo no sanciona para gloria de Jesucristo, se halla autorizado por la ignorancia de los fundadores del catolicismo. Confundieron los preceptos higiénicos con los preceptos morales, el cuerpo con el espíritu. Preceptos sabios de Moisés, dados a los judíos con relación a su ardiente y voluptuoso clima, se extienden sin modificación de lugar ni de tiempo al universo. Prohibid la carne, prohibid el licor, ordenad el ayuno al pueblo cazador de los climas septentrionales, y veréis el absurdo sistema que aplicáis. Pero esto es sabido, sigamos.

La Iglesia necesita incienso, pompa, candelabros, campanas que asusten, monumentos que aterren, oro, plata, cobre, necesita el sostén del clérigo y de la comunidad, que no pueden trabajar, sino estudiar para la interpretación; luego el pueblo tiene que dar diezmos y primicias de su trabajo. “Pagar, diezmos y primicias”, dice el texto.

Con respecto a las relaciones que sanciona, pasaremos rápidamente calificándolas relativamente con el estado, las costumbres y filosofía del tiempo en que vivimos.

No hay duda que el cristianismo fue el mayor progreso en materia de religión en cuanto a la rehabilitación del hombre, pero el catolicismo, como fue una reacción oriental, es decir, al simbolismo y a las fórmulas, produjo variaciones hostiles a la pureza primitiva de la doctrina de Jesús.

Analizaremos esas relaciones a vuelo de ave: la mujer, el hijo, el ciudadano y la inteligencia.

La mujer está sometida al marido, —esclavitud de la mujer—. Pablo, el primer fundador del catolicismo, no siguió la revolución moral de

Jesucristo. Jesús emancipó a la mujer. Pablo la sometió. Jesús era occidental en su espíritu, es decir liberal; Pablo, oriental, autoritario. Jesús fundó una democracia religiosa, Pablo una aristocracia eclesiástica. De aquí se ve salir la consecuencia lógica de la esclavitud de la mujer. Jesús introduce la democracia matrimonial, es decir la igualdad de los esposos. Pablo coloca la **autoridad**, la desigualdad, el privilegio, en el más fuerte, en el hombre.

Esta desigualdad matrimonial es uno de los puntos más atrasados en la elaboración que han sufrido las costumbres y las leyes. Pero el adulterio incesante, ese centinela que advierte a las leyes de su imperfección, es la protesta a la mala organización del matrimonio.

Pero la cuestión se agita, la democracia matrimonial penetra. La Francia está a la cabeza de esta revolución, Jorge Sand a la cabeza de Francia². Ahí está esa sacerdotisa que se inmola, pero sus miradas proféticas señalan el crepúsculo de la regeneración del matrimonio.

El hijo irremediabilmente sometido a padre. Esclavitud del hijo... Este principio es de alta importancia en la lógica católica. El catolicismo es la imposición y tradición idéntica de la fe católica, por lo que necesita de la autoridad que la imponga en las generaciones que vengan del mismo modo que ha sido recibida. En la familia, la autoridad es el padre, es el anciano, es la tradición, es lo viejo; luego el poder que tenga debe ser absoluto. Las leyes políticas, en la esfera de los intereses patrios y los civiles en las relaciones particulares, limitan este poder, lo que prueba la protesta del buen sentido de los pueblos contra el dogma absoluto religioso. Las costumbres bajo este aspecto se pueden decir que no van paralelas con las teorías filosóficas. Desde que reconoce-

² *Error nacido de la fe a la palabra de los escritores franceses, fe destruida por el conocimiento de los hechos.*
(N. de la 3 a E.)

mos la autoridad de la razón individual en **cada** individuo, el despotismo es ilegítimo, el hijo es otra **persona**, su libertad es sagrada.

El individuo sometido al poder. Esclavitud del ciudadano. "Obedeced a las potestades", dice Pablo. Principio diplomático en su origen, para no atraerse la persecución de las autoridades paganas y convertido después en instrumento activo de sujeción. Principio fecundo desde el establecimiento de las autoridades católico-políticas; principio de consecuencia lógica. Desde que la autoridad y la fe forman la base del sistema católico.

Así también se explica la unión que casi siempre ha habido entre el clero y las monarquías católicas. La monarquía es un gobierno de tradición divina o heroica, y de privilegio y autoridad; luego necesita del auxilio de la religión, es decir del clero que le someta los individuos y evite el análisis, el pensamiento libre, que es el enemigo de la tradición. El clero, a su vez, necesita del auxilio de la autoridad terrenal para el fomento y sostén de sus intereses privados; para la persecución de la herejía. Cuan claro aparece ahora la lógica de la Revolución Francesa. El pueblo, las individualidades libres, el análisis, el presente: sepulta a la monarquía, al clero y la nobleza: sepulta a la síntesis católica, al pasado. En cuanto al progreso de las ideas y costumbres, a este respecto, la distancia es inmensa y palpable. ¿No veis el apoyo arenoso de los tronos que aún osan ostentarse? ¿No veis que basta el soplido plebeyo para levantar esa arena y abrir el abismo eterno a las tradiciones de la desigualdad? Alabemos a Dios a este respecto.

El pensamiento encadenado al texto, la inteligencia amoldada a las creencias. Esclavitud del pensamiento. Aquí quisiéramos desahogar, pero está tan batido el enemigo en esta trinchera que sería inútil. La educación, lógicamente, estaba encomendada a los conventos. Así se explica también el imperio de Aristóteles en la

edad media. Aristóteles era entonces la lógica, es decir, la deducción de los principios que se daban. La escritura y las doctrinas de los doctores y concilios era lo intocable, lo que se prohibía analizar; luego, solamente deduzcamos.

En fin, detengamos nuestro vuelo, abandonemos la mirada parcial, contemplemos el coloso que medimos. Helo allí, el catolicismo, ese cuerpo gigante que aferró sus garras en la Europa, dejando un templo en cada huella; he ahí el genio misterioso de la montaña del simbolismo que lanzaba el rayo del anatema contra toda frente audaz que le encaraba; he allí el templo sombrío que inspiraba su terror al que pisaba sus umbrales. Ved, en fin, el astro relumbrante que por tantos siglos recorrió el espacio con la cabeza imperante del orgullo. Está en su ocaso, lo podéis mirar.

Hemos examinado los dos elementos que componían la edad media. La España, dijimos, es la edad media, y nosotros salimos de la edad media de la España. Veamos el carácter peculiar que tomó la España para ver el que tomó entre nosotros.

La edad media se completó en España, es decir, tuvo todo su desarrollo. El aislamiento de la España a causa de las diferencias de raza, de tradición, de clima, el orgullo nacional exaltado por las tradiciones y diferencias de los otros pueblos; el exclusivismo que esto produce en cuanto a la importancia de lo extranjero; la fortificación de sus creencias católico-feudales por la oposición con la civilización africana: la unión de todas las clases para el sostenimiento de su individualidad, atacaba en tierra y espíritu; conquistadores y mahometanos: he aquí las causas del completo desarrollo o encarnación de las creencias españolas. Esas creencias eran las católico-feudales. Éstas tuvieron fuerza por las causas que hemos dicho, la importancia, la fuerza, el absolutismo que caracterizan a la dominación católica en España.

La América fue de ella y le impuso su sello: he aquí nuestro pasado español en el suelo americano. Aquí llegamos a Chile.

La edad media era una verdadera sociedad, porque tenía una unidad de creencias. La idea domina a la forma. Las ideas de un pueblo ramifican, pues, la idea principal en todas las formas que origina la vida. Así vemos la unidad de fe, de tradición, de autoridad, dominar y formar el verdadero carácter de nuestra sociedad.

Empezaremos por la familia.

El matrimonio indisoluble. El adulterio era espantoso. Los enlaces se verificaban por las relaciones de familia. Exigiéndose la igualdad de clase. El estado de amantes, es decir, el estado de espontaneidad y libertad de corazón era perseguido. La comunicación de los sexos fomenta las inclinaciones, descubre las cualidades y produce relaciones o circunstancias **nuevas**, originales que no pueden hallarse bajo la vista de la autoridad: luego deben prohibirse. La autoridad y tradición se debilitan con las novedades: de aquí la aversión a lo nuevo, a la **moda**, y el odio a lo que la promueve, por lo que se debe vivir retirado y solitario. Aislamiento misantrópico. La puerta de calle se cierra temprano y a la hora de comer. A la tarde se reza el rosario. La visita, la **comunicación** debe desecharse a no ser con personas muy conocidas; no hay sociabilidad, no se admite gente nueva ni extranjera. La pasión de la joven debe acallarse. La pasión exaltada es instrumento de revolución instintiva. Se la lleva al templo, se la viste de negro, se oculta el rostro por la calle: se la impide saludar, mirar a un lado. Se la tiene arrodillada, se debe mortificar la carne y, lo que es más: el confesor examina su conciencia y le impone su autoridad inapelable. El coro de las ancianas se lleva entonando la letanía del peligro de la moda, del contacto, de la visita, del vestido, de las miradas y de las palabras. Se pondera la vida monástica, el

misticismo estúpido del padecimiento físico como agradable a la divinidad. Ésta es la joven. El hombre, aunque más altivo para someterse a tanta esclavitud, tiene con todo que llevar su peso: ¡ay del joven si se recoge tarde, si se le escuchan palabras amorosas, pobre de él si se le encuentra leyendo algún libro de los que se llaman prohibidos, en fin, si pasea, si baila, si enamora! El látigo del padre o la condenación **eterna** son los anatemas. No hay raciocinio entre el padre y el hijo. Después de su trabajo diario irá a rezar el rosario, a la *Vía Sacra*, a la escuela de Cristo, o a oír contar los cuentos de brujos, de ánimas y purgatorios. ¡Figuraos al joven de constitución robusta, de alimentos fuertes, de imaginación fogosa, con algunas impresiones y bajo el peso de esa montaña de preocupaciones! ¡Figuraos el drama que sentiría agitarse en su interior!.. pero somos historiadores fríos... He ahí a la familia. La educación consiste en 6 u 8 años de latín (misericordia, señor); unos 4 de Filosofía Escolástica y otros tantos de Teología. Si pasan de las 4 reglas de Aritmética, es mucho, si saben lo que hay del otro lado de los Andes; si saben que andamos al rededor del sol, es mucho. Los frailes y clérigos son maestros y la bofetada, el insulto grosero, o el azote son los medios correctivos. ¡Mirad la dignidad humana!..

Como hombres de la familia política llamada sociedad, son lo que son en la familia. La autoridad es la fuerza, y la fuerza es la autoridad. El rey viene de Dios (*rex gratia Dei*), es su brazo, y el Papa la inteligencia divina en la tierra. Conque, esclavos del gobernador; el gobernador del rey y el rey del Papa. El hombre no comprende nada más allá de este círculo. Dios lo quiso, "hágase su voluntad", es el tapaboca a la interrogación de la libertad. Luego no hay ciudadanos ni pueblo. Hay esclavos y rebaño.

Éste es el aspecto político-monárquico. Penetremos en la organización de la base de

sociedad civil, es decir, la propiedad, y descubriremos el feudalismo chileno.

La falta de comunicación y de necesidades nuevas, la falta de capitales divididos; la falta de enseñanza y de necesidad artística; la falta de comercio por el sistema opresivo y exclusivo; el sistema coercitivo y **diezmador** del trabajo del pobre, impiden que se eleve una clase media que preludie la libertad, como la *bourgeoisie* en la Europa.

El rico posee, como el bárbaro de la conquista: la fuerza. El dueño de la tierra, el hacendado, posee. O por la protección del monarca a su virtud monárquica, es decir, al más esclavo y que despotice más, más recompensa, o por la ocupación primitiva de la conquista. La demás gente, es plebe, gente inmunda, vil, que debe servir, pues hubo **dos** Adanes (exaltación del orgullo). Separación eterna, amo y siervo, riqueza y pobreza, orgullo y humildad, nobleza y villanos. Sin industria intelectual ni física, nadie podrá elevarse sino el rico, y como el rico es el hacendado, y el hacendado es aristócrata, sale por consecuencia que la clase poseedora está interesada en la organización monárquico-feudal. El rico o poseedor, para que haya lógica de privilegio y de casta, necesita ser noble, si no lo es, el monarca lo ennoblece, y vendiendo por dinero, los títulos de condes y marqueses, o regalándolos a sus favoritos súbditos. El pobre necesita que comer y busca trabajo. El trabajo no puede venir sino del que tiene industria o capital. La industria o capital son las tierras: luego los hacendados son los dueños del trabajo, de aumentar o disminuir el salario. La riqueza o regalía puede pasar algún tiempo sin el trabajo del pobre. Pero el hambre no admite espera: luego el rico es dueño de fijar las condiciones del salario: he aquí el despotismo feudal. El pan intelectual, la predicación, hace resignar al desgraciado y autoriza el orden establecido. El **robo** queda definido por quitar a otro lo que

posee, sin considerar el despotismo del rico. Enseguida, viene sobre el pobre el impuesto necesario para el sostenimiento del culto.

“El cura no sabe arar,
ni sabe enyugar un buey,
pero, por su propia ley,
él cosecha sin sembrar.
Él, para salir a andar,
poquito o nada se apura.
Tiene su renta segura,
sentadito descansando,
sin andarse molestando,
nadie gana más que el cura.”

He ahí la expresión plebeya, la literatura original, la expresión del despotismo. La esclavitud que hemos analizado era lógica. Sus principios eran las instituciones divinas. La monarquía absoluta, la propiedad absoluta, la autoridad absoluta del clero. El clero evitaba el **robo** y sancionaba la **posesión** desproporcionada, adquirida y conservada sin **trabajo**. En todo vemos la unidad católica, la sociedad de la Edad Media. Examinad cualquier relación. Ved la humillación del plebeyo, su abyección, su falta de personalidad. El servicio doméstico, no es contrato. El criado o siervo, no puede defender su derecho, si lo defiende por la fuerza o por una vejación, comete un atentado, una **rebelión**. ¿Cómo podría perseguir a su amo ante la justicia? El juez no comprende semejante petición. El **testimonio** del pobre no vale, no es persona. Si se venga personalmente, el azote, la prisión lo confunden. Si el amo le veja, se queda con su vejación, el pobre no tiene honor. La urbanidad, ese tratamiento humano sin consideración a personas, no existe para con el plebeyo. Se le quita la vereda en su tránsito, se le hace quitar el sombrero en la calle para hablar, y su merced, mi amo, son las voces con que solamente se le escuchan. ¡Esclavitud, degradación, he ahí el plebeyo! ¡He ahí el pasado!

Ojalá que nuestras líneas (escritas con la indignación concentrada) se convirtieran en su epitafio eterno, y encerrasen para siempre la maldición eterna que le lanza la dignidad humana, tanto tiempo degradada. Salgamos de ese pasado, de ese subterráneo de crímenes, de ese infierno de dolores; salgamos al día, bañemos nuestro rostro en la luz del crepúsculo que se alza, y bendigamos a la divinidad, pues que vamos a hablar de la revolución.

I REVOLUCIÓN

*¿Quién vive? —La Patria—.
¿Qué gente? —Ciudadano—.*

I - I

¡Gloria a Dios!

Quien, al hacer un bosquejo de la revolución, no intenta primero entonar un himno a la Divinidad; porque es verdad, Dios existe. Y es en estos momentos de exaltación por las glorias de la humanidad; en estos momentos volcánicos que nos arroban al reconocer la dignidad humana; en estos momentos en que sentimos la nulidad de nuestra expresión, de nuestra materia, de nuestro yo, para expresar y sobrellevar el torrente poético que nos inunda; en estos momentos en que intentáramos el suicidio, porque sabemos que nos iríamos a engolfar en el infinito que presagiábamos, es entonces cuando reconocemos viviente, ese creador de una humanidad tan grande, de un ser tan sublime como el hombre de la libertad. Es entonces, cuando verdaderamente nos postramos ante un verdadero altar, al postrarnos ante la más grande de sus creaciones; y es entonces cuando quisiéramos dar a la tierra el puntapié del desdén para elevarnos a la mansión del tiempo y del espacio.

Pero encerremos los arranques de nuestro corazón, dominemos el ruido de la victoria y examinemos el campo.

Nuestro pasado, como hemos dicho, ha salido de la edad **media**, de la España. Nuestra revolución o pasado con porvenir, ha salido de la edad **nueva**, de la Europa. La edad nueva estalló en Francia, luego eslabonemos nuestro pensamiento revolucionario al pensamiento francés de la revolución.

Esa sociedad organizada bajo el credo católico reinaba. Su vida era uniforme, su marcha sistemada. Sabía de dónde salía, sabía adónde estaba, sabía dónde iba. El paraíso era su cuna, el pecado, el origen de todos sus males, la esperanza o los cielos el fin seguro, la aspiración final, la coronación de la vida. Toda duda, todo problema, estaban satisfechos. Acudid al texto con la fe en los ojos y veréis verdad. Si tenéis dolores el sacerdote os consuela. Todo el despotismo de familia, todo el despotismo político y religioso es nada. Este mundo es de miserias, la voluntad de Dios hágase en la tierra como en el cielo. El resultado era grande, pues todo el poder del individuo, sus pasiones, estaban glorificadas en sus sufrimientos. ¿Qué importa que haya alguna indignación secreta en el fondo de la conciencia? El mundo está tranquilo, ¿qué más queréis? ¿No veis cuan dulcemente lleva la cruz de sus dolores? ¿No veis el rebaño que camina silencioso al corral que le tenemos? ¡Oh armonía grandiosa de la obediencia servil! Alabemos este estado de silencio y tranquilidad, ¿qué más queréis espíritus del mal?

He allí pues, en esa fe, el círculo de fuego que guarda el querubín con su espada aterradora; he allí los pilares de Hércules del pensamiento; he allí el Rubicón del catolicismo, de la edad media.

¿Pero faltarán un genio, un Colón, un César del pensamiento que lo rompa?

En medio de las tribulaciones solitarias,

algunos espíritus abrigaban en su seno toda la fuerza de la conciencia individual. Se elevaban a la contemplación de las leyes de la naturaleza, columbraban la armonía divina y entonces el contraste humano los revolucionaba. Concebían por la grandeza de amor que los animaba, el amor del Dios que los creó y se preguntaban: Dios, o lo que es lo mismo, el amor infinito ¿preside ese espectáculo de llanto? Dios, que nos ha dado la frente indómita de la libertad, poniendo en ella el sello de su noble altivez, ¿se complace en que la pise el sacerdote de su culto o el mandatario de los hombres?

Dios que nos ha dado un cráneo donde cabe la inmensidad, ¿autoriza después a los poseedores de su ley para que quepa tan sólo lo que ellos quieren? ¡Imposible! Gran Dios, tú no has autorizado semejantes cosas. ¡Tú no has dado al hombre las alas del genio, para colocar en la mano del hombre el acero que las corte! ¡Tú no has querido la adoración de esclavos, esto sería indigno, sino la de la fiera del que por sí te reconoce y te alaba! ¡Tú, no le has impulsado con tu soplo para que el hombre le detenga a tu nombre! No le has colocado en su seno el imán de tu amor, para que el hombre le aferre una cadena. ¡No te le ostentas radiante y claro en la naturaleza para que se le lleve a adorarte a otra mansión limitada como el hombre! En fin, no colocas sobre su cabeza majestuosa sino el techo de los cielos... He ahí la duda que se ostenta, la revolución en germen, he allí el crepúsculo de la libertad, el pensamiento en busca de su objeto, es decir de la naturaleza y Dios.

El pensamiento se desenvuelve, Abelardo, Lutero, Descartes, y últimamente Voltaire, Rousseau etc., se transmiten a la arca santa, le tributan el culto de su vida en el templo de sus inteligencias, hasta que los profetas de la nueva ley vistieron el manto del tribuno, pusieron en sus labios la bocina de la prensa y el culto se hizo popular... La duda se encarna, el sistema de

creencias se viene al suelo, la dignidad humana se levanta. El individuo necesita examinar para creer. Examinar es negar la fe, es someterse al imperio de su razón individual. Someterse a su razón es fiarse a sí mismo, tener confianza en sus fuerzas, es la exaltación del **yo humano**, voluntario e inteligente subjetivo y objetivo, es decir, individual y social, particular y general, humano y divino, poseyendo en la constitución de su esencia psicológica la base de la armonía universal. Relevado el sistema individual, el individuo se desprendió del sistema antiguo, del fundamento de la creencia y síntesis antigua, pero no se aisló en un egoísmo misantrópico, sino que procura apoyar el vínculo social en otra base y bajo otro sistema de relaciones que admitiese los hechos que la síntesis católica apartaba. El espíritu nuevo salió del templo antiguo para elevar otro más grande, más elevado, digno del ser Dios y del ser hombre que se habían agradecido al reconocer la libertad absoluta del pensamiento como único medio de comunicarse legítimamente con él. Las bases del edificio todavía se discuten, todos los pensadores corren a colocar su piedra. Como la síntesis antigua, es decir, el conjunto unitario de creencias sobre el hombre, su origen, su esencia, su fin, sus relaciones y deberes, era el atacado en sus principios de fe y de tradición; es claro que todas las ramificaciones del sistema participasen del estremecimiento que se daba a su fundamento. Así vemos que en la elaboración filosófica los trabajos se dividen. Unos atacan una relación, un deber, un principio; otros, las bases de fe; otros, la conformidad de las tradiciones hebraicas con las luces de la ciencia geológica. Por eso vemos que la elaboración es inmensa, que los trabajos son enciclopédicos y que todos tienen de común el de querer dar una base científica a las creencias humanas. ¡Espectáculo grandioso! ¡Trabajo gigantesco! ¡Babel del genio! ¡Siglo XIII! Batalla humanitaria que reúne el ruido

del ariete que derriba y el crujido horrible de los que sepulta. Habías colocado sobre la libertad el peso gótico de tantos siglos, mas no veis a la infeliz que con el velo negro en la frente presta oído atento a una voz desconocida que le dice: **“sonó la hora del misterio. Sonó la hora del símbolo mentiroso. El hombre ha seguido el curso del río y ha visto su origen. Se ha elevado a la cumbre de la montaña y ha dejado la nube bajo sus plantas”**.

Rayo eléctrico, centella divina, la libertad agita su cabeza, golpea la tierra, el universo tiembla, el siglo XVIII se levanta... ¡Mortales! ¡Hincad la rodilla, recibid el bautismo de la nueva ley!.. Pero la obra no se concluye. Los pobres se exaltan; poder político, religioso, poder feudal, poder positivo, en una palabra, se reúnen para sofocar la innovación y clavar de nuevo en una cruz a la palabra nueva. Las cárceles se llenan, la aristocracia desespera y despotiza, la inquisición aterra, la delación se entabla, la malicia jesuítica carcome. ¿Y el enemigo dónde está? ¿Cuál es el arma tan temible que se quiere embotar?.. Mirad a ese hombre del pueblo que camina taciturno; observad las tempestades que revela su frente; mirad la fiereza que lanza su mirada. Ése es el enemigo, ése lleva el arma destructora que se llama “el principio de la sabiduría es saber dudar”. He ahí el ariete que posee, ¡haceos a un lado, dejadlo pasar, vosotros hombres del manto negro, vosotros, nobles que lleváis la pompa! ¡Ah! Le injuriáis, le escupís el rostro, le llamáis filósofo, hereje, artesano, plebeyo. Bien, él recibe la afrenta, pero os señala un sepulcro. Entonces no lo visteis, pero a la hora señalada lo tocasteis.

El temblor sacudió a la civilización en sus raíces y todas sus ramificaciones también se sacudieron. Nosotros, enlazados como hemos dicho al pasado de la Europa, sentimos también ese estallido. Algunos americanos pasaban a estudiar y viajar por la Europa, alguna comuni-

cación se había entablado por la conmoción de la España invadida por la revolución; algunos libros escondidos penetraban; el espectáculo de la renovación francesa era esplendoroso para no alcanzar algún tanto de su luz. La revolución germinaba entre nosotros y estalló a la señal de la prudencia. Lo demás, sabemos, vamos a los resultados.

I - II CHILE

¡Extiende tu manto, bandera de mi Patria!
¡Flamea en nuestras montañas, soplo del aire del océano, reflejando los rayos del sol cuando se ostenta en la pureza del azul de Chile!
Extiende tu manto, que es el libro de nuestra Patria. Deja que tus hijos te lean y revelen lo que puedan de los grandes misterios que tú encierras.

¡Gloria a ti, tricolor!

Nuestra revolución es la mudanza violenta de la organización y síntesis pasada para reemplazarla con la síntesis vaga pero verdadera que elabora la filosofía moderna. Nuestra revolución no fue aisladamente política, aisladamente industrial, aislada del progreso de la humanidad, sino que fue a *sedibus imis*, de raíz, de la unidad que había, con sus ramificaciones. Nuestra revolución es, en fin, la destrucción de la síntesis pasada y el entronizamiento de la síntesis moderna. No fue un hecho parcial, analítico tan sólo, sino completo y sintético, aunque percibiendo vagamente la realización de los problemas futuros. Pero la obra de la plantación del nuevo sistema de creencias, el pan espiritual que era necesario dar a los pueblos después de la destrucción del antiguo, no se ha podido elaborar de un modo satisfactorio. La razón es ésta.

Las soluciones necesarias para que una sociedad sepa lo que es, de dónde viene, a dónde irá, estaban satisfechas por la fe. La fe destruida, es preciso satisfacer esas cuestiones científicamente, es decir, racionalmente. La ciencia, a este respecto, que se había ocupado tan sólo de la crítica del pasado, no pudo, no tuvo lugar de ocuparse de semejante modo. Poner en duda la creencia pasada es solamente una obra inmensa. Dejemos, pues, a la actividad científica, a la enciclopedización de los conocimientos humanos, que preparen la venida del Mesías futuro, es decir del sistema futuro, de la síntesis futura, del génesis futuro, del testamento futuro y, últimamente, del Apocalipsis futuro. Ahora, nuestros revolucionarios, armados tan sólo de la filosofía crítica, se encontraron con un peso entre sus manos que no supieron dónde apoyarlo. La impotencia humana en semejantes casos vuelve la vista al pasado y afirma el peso sagrado en los restos de la columna misma que se había derribado. Error terrible. Esto es lo que se llama reacción, es decir, contrarrevolución. Esto es lo que sucedió entre nosotros. Detengámonos un poco.

Nuestra revolución fue reflexiva en sus promotores, y espontánea en el pueblo. La revolución reflexiva fue la escéptica en creencias nuevas pero, como era un número reducido y **educado** de individuos, podía pasarse sin las nuevas creencias. La única certidumbre que tenían era la de la libertad que habían conquistado y el conocimiento de la falsedad de las creencias pasadas. Tenían, se puede decir, la unidad del escepticismo, por lo cual todas las creencias ramificadas con la unidad destruida se hallaban del mismo modo anuladas. Pero el pueblo, que había abrazado la causa nueva con toda la pureza de la inspiración, con todo el calor del entusiasmo verdadero; el pueblo que sólo había sentido la exaltación política, la conquista del derecho de ciudad; el pueblo no vio en la

libertad política sino un hecho solitario separado de las demás cuestiones que la reflexión había derribado: el pueblo quedó antiguo. Los hombres que encabezaban la revolución reflexiva, hallándose ellos mismos impotentes para organizar las creencias lógicamente relacionadas con la libertad política, reaccionaron en religión y política para con el pueblo. Así vemos en muchos pueblos el despotismo constitucional, y el fomento de la predicación antigua. Así fueron casi todos los gobiernos americanos al principio; así cayeron esas capacidades militares por la impotencia de organizar lógicamente la sociedad. Así cayeron Bolívar en Colombia, y O'Higgins en Chile. Reaccionaron en la organización cuando el calor de la guerra republicana aún se sentía. Por el contrario, también cayeron esos gobiernos que, después de apaciguados los ánimos del sacudón revolucionario, quisieron reformar en hechos separados, no en la unidad lógica de la revolución. ¿Cuál fue el punto culminante de la revolución del siglo XVIII y de la revolución Americana? La libertad del hombre, la igualdad del ciudadano. El individuo reivindicado en todos sus derechos y en todas las aplicaciones de estos derechos. Se reconoció en el hombre la igualdad de su origen, de su derecho y de su fin. Luego las condiciones necesarias para cumplirlas les son debidas lógicamente. El individuo, como hombre en general, pide la libertad del pensamiento, de donde nace la libertad de cultos. El individuo, como **espíritu libre**, expuesto al bien y al mal, necesita **educación** para conocer el bien. El individuo -el **yo humano**, cuerpo y alma- necesita **propiedad** para cumplir su fin en la Tierra. La propiedad la necesita para desarrollar su vida intelectual, su vida física y la de sus hijos. Luego las condiciones necesarias para adquirirlas y para adquirirlas de un modo completo le son debidas. De aquí nace la destrucción del privilegio, de la propiedad feudal y la elevación del salario a medida que se alza la dignidad humana.

Estos son, pues, los puntos culminantes de la revolución. Si los gobiernos hubieran comprendido que el desarrollo de la igualdad era el testamento sagrado de la revolución, que la igualdad es la fatalidad histórica en su desarrollo, no hubieran sucumbido. Afirmándose en la tierra y elevando la frente gloriosa de los héroes, el pueblo los hubiera sostenido porque se sostenía a sí mismo. Y entonces, con la autoridad legítima de la gloria con que arroban, de la justicia con que legislan, la renovación completa del pueblo que había quedado antiguo en sus creencias. Si no había un sistema completo que darles, había que darles la exaltación de la indomable voluntad y el conocimiento de todos los demás individuos como otras tantas voluntades indomables, es decir, darles a conocer la igualdad de la libertad.

Y he aquí el punto inerrable de partida, la piedra de toque para todos los sistemas humanos, la noción de la existencia social, tan cierta como la de que los cuerpos están en el espacio.

La igualdad de la libertad.

He aquí el paraíso de donde hemos sido despojados; he ahí el infinito de la grandeza humana; he ahí el reino de Dios acá en la tierra.

La igualdad de la libertad es la religión universal; es el gobierno de la humanidad; es la unidad futura.

La libertad es infinita³, es el complemento y la cúspide de la creación humana; luego la igualdad, que no tiene otro límite que el de la misma libertad, es el enlace, la formación de la incomprendibilidad de la felicidad y del bien absoluto.

De aquí sacaremos nosotros la teoría que

deben tener las sociedades y gobiernos. ¿Qué son esos hombres de los gobiernos que hemos tenido y que tenemos, que se precian de ser sabios en la dirección de la sociedad? Que se precian de poseer el secreto de la felicidad, conservando las tradiciones antiguas, respetando la organización de la propiedad, que evita el noble desarrollo de los hombres, fomentando las creencias destruidas por la revolución y rigiendo al país por leyes inferiores a las luces, a las circunstancias del pueblo que se manda.

¿Diremos que nuestros gobernantes son cabezas organizadas para la sociedad, cuando admiten tradiciones y reformas, bienes y males?

Examinemos rápidamente la lógica de nuestros hombres en el espíritu y cuerpo de Chile, en el **yo chileno**.

Nosotros hablamos desde la altura de nuestro **criterio** revolucionario.

O salimos de la revolución o no. Si salimos de ella, nuestro deber es completarla. Si no, nuestro deber es definir lo que somos y cuál es nuestra tradición como nación. O los gobiernos han salido de las entrañas de la revolución, y entonces es legítima su existencia, o no, y entonces son desconocidos como autoridades del pueblo revolucionario. Ésta es la base con la cual podemos calificar a los gobiernos en la clasificación de la vida nueva de Chile. Hemos tenido dos revoluciones civiles. Hemos, por consiguiente, tenido dos clases de gobierno. Gobierno de la tradición republicana, es decir, revolucionario, y gobierno de la tradición del orden antiguo. O'Higgins que fue el primero que se encontró ante la marcha futura, ante el océano no surcado del futuro, fue también el primero que tuvo que

³ *La libertad es infinita*. Esta proposición no es verdadera, sino como concepción de la *idea* libertad, que se identifica con la ley. La libertad como ley, la ley como encarnación de la potencia libre: autonomía, autocracia, y *nomocracia* de un ser libre. (N. de la 3ª E.)

tomar una decisión pronta en su marcha. Se encontró, cual se han encontrado tantos genios en semejantes circunstancias. Han sobrepujado los obstáculos, han triunfado, han sido los héroes de la destrucción, pero acabada la destrucción y la guerra, viene la paz, y la paz necesita organización, porque es el resultado de la armonía de los elementos sociales o del triunfo completo de un principio, o de la organización vencedora de un sistema completo de creencias. O'Higgins quiso organizar los elementos sociales: es decir, las tradiciones chilenas con las ideas nuevas, y el poder que las llevase a efecto. Pero, en semejante obra vio asomar las resistencias y entonces tan sólo quiso organizar el poder y fue déspota. El pueblo revolucionado en política protestó y O'Higgins cayó como hombre de organización y como hombre de tradición republicana. O'Higgins no concibió el triunfo **completo** de principio revolucionario, es decir, social, religioso y político. Vio tan sólo el poder político, la fuerza que el mismo Chile había levantado. Este poder lo volvió contra su mismo seno, pero el seno lo arrojó de sí. O'Higgins, bajo el último aspecto de la organización de un pueblo nuevo, como hombre, era impotente para presentar una síntesis completa. Bajo este aspecto dudaba. Dudar en semejante posición es bambolear, bambolear es caer. Su deber era afirmar la lógica de la soberanía popular de donde había salido; de este modo hubiera cimentado los resultados indisputables de la revolución y, en cuanto al aspecto religioso, adquirido una posición respetable, atrincherado en la igualdad de todos y en la libertad del pensamiento. Pero no dejar campo a que la tradición se afirme y dar un golpe democrático apoyado en la exaltación plebeya. Las tradiciones republicanas y liberales,

apoyadas en un jefe que reunía la gloria de las armas, fueron entonces las que lo derrocaron. Éste es Freire, que fue un continuador de la revolución. Pero después de haber vencido y encontrándose también delante del misterioso porvenir, le llega también el tiempo de dudar. Freire es un hijo legítimo de la revolución, la comprende y quiere continuar sus resultados.

Querer continuar los resultados de la revolución es querer hacer otra revolución, es decir, la renovación de la unidad de creencias pasadas que no han sido desechadas de la inteligencia popular. Ahora, esta obra necesita la conciencia de los nuevos principios y la voluntad revolucionaria que no apea. El calor revolucionario pasaba y las clases antiguas, que son conocidas entre nosotros con el nombre de **pelucones**, fomentaban las preocupaciones populares. Ahora también le toca a este nuevo gobierno la época de duda, es decir, de abdicación. Después de los gobiernos que ha habido entre nosotros como verdaderos representantes de la tradición revolucionaria y de la tradición española son los de Pinto y Prieto. Estos gobiernos son también conocidos.

Gobierno de Pinto.

Revolucionario. La educación, que es el modo de revolucionar y completar las revoluciones, recibe en esa época todo el desarrollo posible. En esta época fue cuando vino a Chile este número de extranjeros que nos ha producido tantos bienes.⁴

Todos los ramos de los conocimientos humanos son comprendidos en la vasta esfera de la enseñanza. La filosofía que nos había dado libertades, es introducida entre nosotros libre como su esencia. El derecho político y social, estas dos ciencias indispensables por la armonía

⁴ Citaremos algunos que merecen la perpetua gratitud de los chilenos: Mora, Bello, en primera línea. Bello es la joya más preciosa de la ciencia de Chile. Porter, Lozier, Beauchemin.

social e individual, fue entonces cuando se supo lo que eran entre nosotros. El escolasticismo y el código español con todos sus secuaces, temblaron al análisis que los devoraba. El número de escuelas se aumentaba, las instituciones benéficas cundían. La industria y comercio, recibiendo el aliento de la economía política, prosperaron en tan poco tiempo que Chile, entonces con relación a su tiempo, fue cuando estuvo más rico como Nación y como sociedad. No había instituciones de **privilegio** en el código constitucional.

Todos podían aplicar sus facultades a la industria que la naturaleza les daba, **no había estanco**. No había mayorazgos, ni vinculación que impidiese el libre desarrollo de los fundos. La introducción de libros era libre. No había censura ni censores. La política conservaba una posición atlética ante las formas de las creencias antiguas, ante las comunidades religiosas. Algunas de las propiedades que **poseían** las comunidades de frailes, fueron devueltas a su dueño primitivo, a la Nación. El espíritu público y de ciudadanía fue entonces cuando se conoció entre nosotros. Las cámaras elegidas por el espíritu público produjeron los mejores oradores de la tribuna chilena. Se ve, pues, que todos los actos de esta administración eran lógicos con la revolución de la independencia, excepto el artículo de la Constitución que prescribía el exclusivismo del culto católico. La Constitución, calificada con la ciencia política de entonces, era la más completa, la más perfecta que se podía apetecer. Allí estaban todos los resultados de la revolución; la igualdad, la libertad, la propiedad y la seguridad de todos los derechos, de donde salió aquella ley tan gloriosa, tan lógica: “no hay esclavos”. Allí estaban todas las formas que el republicanismo moderno había elaborado. Temporalidad sumamente responsable del poder ejecutivo y división de las cámaras. En fin, se puede decir que era la expresión del siglo, el cuadro ideal al que era necesario conformar la sociedad.

Mas, quitemos la corona de flores, ciñamos el crespón a nuestra frente; arranquemos la alegría de nuestro corazón, que vamos a pisar la mansión del silencio tenebroso.

Había paz, había prosperidad, había libertad, pero todos aquellos hombres de la educación antigua, todos aquellos hombres que caen en la nulidad después que ha caído el orden que los engrandecía; todos los ignorantes; el elemento indígena español que no puede resistir en su orgullo a la innovación de creencias, de formas de gobierno, de costumbres liberales en la esfera pública y privada, mordían el freno en el silencio de su rabia. La educación invadía a las creencias españolas. La autoridad favorecía la invasión. Luego destruyamos esa autoridad.

El gobierno destruía los privilegios comerciales e industriales. Luego, nosotros, privilegiados, destruyamos ese gobierno.

El poder político examinaba y tocaba la posesión de los sostenedores del orden antiguo. Luego, nosotros, frailes y clérigos y privilegiados, destruyamos ese poder político.

El gobierno es hereje, quiere renovar las creencias antiguas de la plebe; quiere ilustrar. Luego exaltemos a la plebe católica antigua contra la ilustración y la herejía.

Reconozcamos los elementos de la reacción que se prepara.

La educación nueva es la elevación de la conciencia individual, es la libertad.

La destrucción de privilegio es igualdad y eleva la libertad de todos a la propiedad; es la libertad. Quitar el apoyo **terreno** a los sostenedores del orden antiguo, es destruir su autoridad. Destruir la autoridad de los sostenedores de la fe, es elevar la libertad.

Renovar las creencias de la plebe, sustituirles la educación filosófica, es darles su conciencia individual, es afirmar la revolución. Afirmar la revolución es entronizar la libertad.

He ahí los elementos nuevos. Ahora, ¡orden

antiguo! ¡Creencias absolutas, despotismo de la edad media! España de la conquista, aristocracia del hombre, ¡regocijaos! Esa piedra sepulcral que se os echaba va a caer. Recoged sus despojos y herid con ellos. ¡Vais a resucitar sombríos e infernales como las mansiones a donde os había arrojado la verdad!

I - III

RESURRECCIÓN DEL PASADO

La influencia del caballo en el carácter de la vida de los pueblos es notable. La influencia de la ocupación para que sea necesario, también tiene la mayor influencia en el carácter de los habitantes. El cuidado de ganados separados o dispersos entre montañas y llanuras, necesita del jinete activo que los cuida. El ejercicio de la caza en la cordillera de los Andes, la agricultura misma, necesita del jinete que recorra y que trille los granos que se siembran. Jinetes pastores, jinetes de caza y jinetes de aventura, son las principales clases de hombres que hacen entre nosotros su vida en el caballo.

El guaso, que resume las cualidades que notamos, tiene, por cierto, su carácter más peculiar, más original y más salvaje en los lugares que favorezcan por sus pastos y guaridas las crías de ganados. En Chile el sur es más extenso, más regado, de mejores tierras para el pasto y de mejor clima para el hombre y el animal. Es frío y excita a la actividad; montañoso y acostumbra a la constancia, a la **separación** y, últimamente, al desarrollo físico del pecho.

Estas influencias de la localidad producen resultados morales. El guaso corriendo por la cima de los montes respira la independencia en su carrera. El guaso sepultado entre los montes se encuentra separado de la comunicación

moral; es solitario, selvático. El aislamiento enorgullece. Siempre ve y ha visto lo mismo. No sabe, si no lo que sus padres le enseñaron y esto es, para él, el punto final de su trabajo intelectual. Lo demás lo rechaza. Él, ¿sabe menos? Su orgullo no lo permite. De aquí se ve salir ese espíritu tradicional de los hombres del caballo, que pasan su vida vagando o dando vueltas alrededor de un círculo. Las creencias de nuestros guasos son católicas y españolas. Estas creencias de suyo tradicionales y tenaces, encarnadas en hombres cuyo espíritu es conservar y que no pueden, por la vida que llevan, presenciar espectáculos distintos, deben tener un completo desarrollo, de aislamiento, de barbarie y de conservación. El sur de Chile, la vecindad del elemento indígena, es el que posee las localidades más aparentes para conservar en la gente del caballo las tradiciones y creencias antiguas. Luego la reacción antirrevolucionaria, antiliberal, debe salir de allí, o tener en esa gente los sostenedores más decididos.

Ésta es la teoría, veamos los hechos.

¿Os acordáis de aquellos días en que Santiago tenía cerradas las puertas de sus casas y en que el temor revestía los rostros de sus habitantes? ¿Esos días en que se escuchaba el cañón en las puertas de la capital? Sí; los acontecimientos son nuevos, las imágenes están todavía palpitantes para que las hayamos olvidado.

Pues bien, ¿no visteis en esos días de silencio pavoroso a una multitud de hombres que pasaban a escape por las calles?

¿Que llevaban la cabeza atada, la bota del campo y el poncho del guaso?

¿Que blandían el hacha en una mano y en la otra el puñal y las riendas?

¿Que llevaban el vandalaje en los ojos y la espuma de la rabia en la boca?

¿Que arrastraban alfombras, muebles despedazados y vestidos de habitantes?

¿Que pasaban en grupo, gritando y formando en estrépito de demonios?

Esos hombres son los que han bajado de las montañas y llanos del sur a la voz de los que exaltaron su fanatismo y les prometieron saqueo. ¡Helos allí! Ved en acción el espíritu selvático, el espíritu rencoroso del ignorante y salvaje a lo que es nuevo y civilizado. Con todo, sigamos el aparato exterior del enemigo; veamos el ejército y el campo donde la *Partida del Alba*⁵ va a recibir sus órdenes.

El ejército de la ciudad era llamado ejército francés. Su fuerza principal era la infantería. Sus jefes, las reputaciones ilustradas de la revolución. El ejército enemigo poseía la caballería del sur. Sus cargas eran brillantes y salvajes. El sable del jinete recibía el balazo de los cuadros, pero era rechazado. La táctica de la infantería sobrepujaba sus esfuerzos, la caballería fue dispersa. La victoria fue entonada por el ejército de la causa liberal. Ochagavía fue el hecho glorioso de las armas de la revolución contra la hidra fanática y retrógrada. El silencio de la derrota vagaba por su campo; pero el silencio activo del que medita; el silencio del que mina; el silencio del que callado va a clavar el puñal en la espalda del enemigo victorioso. Observad ese campo enemigo, ved el grupo de los ricos y privilegiados por el establecimiento del estanco; ved esos abogados del código español interesados en la existencia del edificio pasado; ved los clérigos, que en las tinieblas de la noche se reúnen para proteger esa causa; ved esos hombres de las selvas del sur que aspiran por la destrucción de la ciudad o por su dominio conquistador; ved, en fin, esa multitud de viejos y de españoles que inundan ese campo,

y entonces decid si ¿no veis la rehabilitación palpitante de la España antigua; la rehabilitación del fanatismo religioso, del privilegio comercial, de las costumbres supersticiosas y del fomento de las comunidades frailesacas?

Decid.

Ved el otro campo, ved esos hombres gloriosos, ved la cultura de la civilización, ved los hombres de la ciudad, los descendientes legítimos del año X; los ilustrados, los herejes si queréis; ved el fusil empuñado por el hombre de la industria, y entonces comparad. Ahí están los cuadros a la vista, elegid; sentenciad, según la lógica de la revolución y asignad la victoria. En efecto, la victoria fue de la justicia. Pero la victoria fue entre chilenos y la nobleza del alma del vencedor se apoyó en la fe del enemigo. El desprendimiento, la confianza -virtudes de la nobleza del alma-, fueron burladas por el misterio, por la mentira, por el engaño, por la traición. Lo demás, sabemos. Prieto ha recibido la sentencia de la historia. Lastra la absolución de la inocencia⁶.

El enemigo está debajo. El vencedor le pone la planta en el cuello. El miserable pidió perdón; el vencedor le da la mano, lo levanta, pero el vencido, ya de pie, saca el puñal que encerraba y lo entierra en el corazón que le había perdonado.

Lircay, sabemos tu fin. Conocemos la sangre allí vertida; sabemos tus pormenores bárbaros. ¡No equivoquemos las sombras de Tupper, de Varela, de Bell y tantos otros!

¡No recordaremos al héroe vencido que ha tenido que recordar el grande océano, arrojado de su Patria! ¡Freire!

Examinemos la institución del orden

⁵ *Partida del Alba*. Una montonera célebre al servicio de los Pelucones, que por la hora de sus asaltos se denominó así. (N. de la 3a E.)

⁶ El general Lastra, jefe del ejército vencedor, recibe como vencido al general enemigo. Cesa el fuego, se suspende la persecución, y el general Prieto invita a Lastra para descansar y tratar en una casa. Se acepta el convite, y en esa casa es hecho prisionero el general vencedor. (N. de la 3a E.)

vencedor. Daremos tan sólo los resultados e instituciones culminantes.

La reacción es apoyada en la unidad antigua de creencias. Esa unidad era el catolicismo. Luego foméntense todas las instituciones análogas, satisfáganse todas las preocupaciones inherentes. De aquí nace la devolución de todas las **posesiones** a las comunidades. El establecimiento de culto en un grado elevado y pomposo. Hay ministro de culto; se entablan procesiones y fiestas; se decreta mayor suma del erario para semejante fin.

La educación libre es revolucionaria. La educación libre es la corriente del pensamiento que se precipita fatalmente al curso señalado por la gravitación. La gravitación en la educación es la lógica de la libertad. Luego enfrentemos esa lógica y démosle otra dirección al torrente. De aquí nace la institución del seminario, la censura de libros, la limitación de los estudios y su esfera circunscripta. De aquí nace la promulgación de misiones frailesacas, la promulgación de los libros del fanatismo. La venta de novenas y de libros místicos es grande.

Se hace caer sobre el orden derrocado, el epíteto de ilustrado y de hereje.

La industria y el comercio deben ser coercitivos, es decir, deben exaltar el nacionalismo, contra la perfección europea.

La generalización y la facilidad de los medios de adquirir excitan la actividad individual. La elevación del individuo es contraria a la organización unitaria del despotismo. El establecimiento de una clase a quien favorece el monopolio es el medio más activo de conservar un sistema de organización. Luego establézcase el estanco y el sistema prohibitivo de comercio.

La fuerza en la unidad central es el medio de llevar el sello del orden antiguo a las indivi-

dualidades provinciales. La libertad provincial tira a romper los vínculos despóticos y a elevar los individuos por medio del espíritu público. Luego, la administración provincial debe ser enteramente dependiente del centro. El intendente debe ser nombrado por el gobierno y removido por él.

La legislación española se desarrolla. Su barbarismo se deduce para los boletines legales. El pueblo está contento y satisfecho con la restauración de las preocupaciones. Luego, mantengámoslo en ellas y obremos sobre él como queramos. El terror penal es excelente para la sumisión. Las penas no son leccionarias correctivas, esto necesitaría organización moral y filosófica. Luego, apliquemos el azote, la degradación individual, la pena pecuniaria por la injuria y atraigamos la maldición de Dios sobre los carros.

La organización despótica que se ha elevado sobre el republicanismo vencido necesita apagar las resistencias que se exalten. De aquí nace la necesidad de facultades extraordinarias y el presupuesto miserable de gastos secretos.

El resultado fue grande. La ilustración fue despreciada. Era mal mirado ante el público y en los salones el que no se sometía escrupulosamente a las antiguas formas de las creencias pasadas. Los conventos se pueblan, el seminario se llena, el espíritu público se asusta. Se violan las libertades individuales, el despotismo fomenta las delaciones, y las costumbres se envilecen. Desaparece la confianza mutua, las tertulias son ojeadas, el temor se extiende, el aislamiento del egoísmo se propaga. Se teme dar su opinión en público, el espíritu se concentra y estallan las conjuraciones unas tras otras. El despotismo levanta peligros, sorprende a los individuos, los encarcela, los destierra y aun los asesina ⁷. Las

⁷ Me refiero al jurado del *Diablo político*. El jurado declaró inocente al escritor, y por consiguiente, asesino al gobierno.

facultades extraordinarias pasean su mano omnipotente sobre la cabeza de los ciudadanos, y el ciudadano se aterra, se esconde, denuncia y engaña, o siente su peso tremendo.

Pero el vulgo ve comulgar y confesar al presidente. Esto basta, esto es una garantía contra la herejía. Lo demás ¿qué importa? Hágase la voluntad suprema, seamos dóciles al yugo. Tenemos fuegos en el 18⁸ y paseo a la pampilla; tenemos procesiones, rogativas y misiones; ¿qué más queremos? ¡Bendito sea el gobierno que tenemos!

He ahí un cuadro débil, rápido e incompleto de ese decenio decantado y que llamamos resurrección del pasado.

Caigamos sobre el presente y sobre la administración actual.

¿El gobierno actual es continuador de la resurrección del pasado y, por consiguiente, retrógrado, ¿o es continuador de la revolución?

He ahí la cuestión.

Examinemos un poco sus antecedentes.

Los mismos desaciertos de la administración pasada ocasionaban una separación entre sus miembros. El partido liberal se aumenta fatalmente. La base del edificio se minaba. Del mismo seno del partido gobernante sale otra secta o partido que tiende a una marcha distinta entre el pasado y porvenir, entre pelucones y liberales. Este partido débil en el carácter mediador, en sus principios se llamó "filopólita". Hubo desertión del partido pasado, tal es la fuerza de las cosas.

Las elecciones se acercan, el partido liberal toma una actitud imponente. Se asocia y se muestra decidido. Su número es grande, la juventud lo sigue, los recursos se disponen. El pasado, encarnado en Prieto y Tocornal, cuen-

ta con todo el poder de las cofradías y de los conventos, y de los numerosos restos españoles que nos quedan. Pero el pasado no se muestra entero por Tocornal. El partido mediador -que se había separado- y la influencia militar, proponen a Bulnes. El partido liberal, inocente como siempre, no teme en presentar a su antiguo mandatario, a Pinto, el hereje y que cargaba con la maldición entera del pasado.

Llegan las elecciones, los partidos trabajan. Bulnes salió de la reacción del pasado; luego tenía al vulgo en su favor. Bulnes reunía las cualidades que halagan a la plebe y al soldado; es valiente y guaso. Tenía, entonces, en la frente la corona de Yungay. Sus partidarios, es decir los hombres ricos por el privilegio antiguo, necesitan una administración que les perpetúe y conserve su ganancia. Bulnes vino con las hordas del sur, con Prieto, con la reacción. Luego Bulnes nos conviene. Desembolsan dinero, las elecciones se ganan, Bulnes es Presidente y se entabla la administración actual. Sale por consecuencia de los antecedentes que hemos expuesto que la administración actual, es continuadora de la pasada, aunque vistiéndose un poco a la moda. Examinemos sus hechos actuales y su marcha, y entonces la calificaremos según los principios tradicionales de la revolución.

Las formas de la administración pasada han sido respetadas. Ninguna ley que marque de un modo deslindante la transición de un gobierno retrógrado a un gobierno progresivo. Sobre las creencias retrógradas se ha elevado la administración actual, y el carácter progresista, que se precia haber tomado, no lo vemos. La inmortalidad de un gobierno en la historia de su pueblo consiste en comprender la idea culminante que el siglo le presenta para su realización

⁸ 18 de Septiembre de 1810. Aniversario de la revolución de Chile. Día muy festejado por todas las clases y por la autoridad. (N. de la 3a E.)

y realizarla. Entre nosotros, la idea culminante, como herederos de la revolución, es completarla. Completar la revolución es apoyar la democracia en el espíritu y la tierra, en la educación y la propiedad. Esta obra es la destrucción de la síntesis autoritaria del pasado y la sustitución de los principios que la filosofía reconoce con el sello de la inmortalidad. Esta obra importa una revolución. Su éxito sería probable, pero su resultado en la historia de la actividad humana es infalible. Esta obra de renovación social debe salir siempre de la **representación** filosófica y legislativa de la Nación, es decir del legislador.

Nosotros carecemos de representación capaz de organizar un batallón de propaganda. Luego, el poder ejecutivo, que en los pueblos nuevos ejerce un poder tan importante, debe ser el encabezador de la revolución. Ahora, si el jefe del poder ejecutivo reúne la popularidad de tradiciones y de glorias, nadie mejor que él sería capaz de encabezar felizmente la revolución sintética en las masas. Y, he aquí la posición brillante de la administración actual, la ocasión que la historia le señala con la amenaza de perder la ocasión y de confundirlo entre la multitud de los ignorantes e incapaces de inmortalidad. Tendréis paz, mantendréis el orden, compondréis un camino, pasearéis por el campo, se os saludará en el 18, pero el olvido o el anatema de la historia os prepara el epitafio de la impotencia. He ahí la posición única del Presidente Bulnes. Si no la comprende, compasión al que tiene en su mano la antorcha de la verdad y la apaga por no poder sostener su brillo.

Pero, concluyamos de desenvolver el carácter tradicional que la administración presenta.

El código constitucional que organizó a la República de ese modo unitario tan despótico es el que nos rige. Esto impide que surjan las individualidades provinciales y que la vida recorra el territorio chileno.

Existe todavía el código que organiza

legalmente al despotismo, destruyendo todas las garantías que conquistó el republicanismo, cuales son las formas necesarias para la seguridad de los derechos individuales.

Existe en el gobierno el mismo respeto por las formas de la síntesis pasada. Se hacen venir frailes de la Europa, y este solo hecho basta para caracterizar la ignorancia de una administración en el tiempo en que vivimos. La organización eclesiástica ejerce un poder influyente y separado de la influencia política. El sistema católico reina en toda su extensión. El cura diezma todavía, el cura comercia con los matrimonios y bautismos. El erario gasta a manos llenas en el culto, crea obispos, arzobispos. El poder eclesiástico tiene una posición imponente y el gobierno lo tolera; el gobierno es hipócrita. En la esfera del comercio y de la industria existen todavía los restos de la síntesis prohibitiva y privilegiadora. El estanco existe, la moneda se quita de la circulación para formar un banco. Quitar de la circulación la moneda es empantanar los caminos. Guardarlo, para juntarlo, es perder el empleo de los capitales, es perder.

El régimen interior de los intendentes es tan conocido que no nos detendremos en su examen.

La educación está dividida en dos clases. La una poco adelantada y retrógrada. Júzguese de la unidad de la civilización que se prepara. El instituto sopla un poco el fuego de la inteligencia. El seminario y los conventos la encierran bajo de techo. La educación un poco adelantada es heterogénea; la legislación, filosófica, y los textos, canónicos. Pero en cuanto a la unidad de estudios del colegio es materia de otro artículo y la hemos tratado anteriormente. La educación allí está encadenada a la síntesis antigua, recargada de prácticas y falta de conocimiento relativo de la vida social y humanitaria. La síntesis antigua que debía regenerarse se propaga. Los libros que se dan a las escuelas son antiguos y relativos al

tiempo pasado. Digamos, pues sí, en las cortas observaciones que llevamos no va envuelto el carácter conservador y retrógrado de la administración actual. En educación, en culto, en hacienda y en régimen interior. Esto se puede decir que no es más que un pequeño programa de oposición.

Pero el punto culminante, donde toda la administración escolla o recibe una corona de la historia, permanece tranquilo. Hablamos de la elevación de las masas a la soberanía nacional, a la realización de la democracia.

He ahí el grande espectáculo; el pueblo, la imagen del infinito, si puede haber imagen de él. Helo aquí, que va y viene sosegado, sin la conciencia del poder de sus entrañas. Helo allí, que puebla las cárceles, que abastece al cadalso, que gime en los carros, que enriquece al propietario, que sobrelleva el insulto; helo allí, trabajando para el cura, para el Estado y para el rico; helo allí, recibiendo la sucesión de los días con la frente de mármol sin reflejar en sus ojos la divinidad de la luz. La noche misteriosa lo recibe fatigado y le protege un descanso animal. El día se levanta y el sol de Chile luminoso sirve tan sólo para secar el sudor de su angustiada frente... El pueblo así, sin conciencia de su individualidad y de su posición social, animalizado con el trabajo del día y para el día, es el tropel o torrente que amenaza a la voz del sedicioso, la destrucción de nuestro progreso. El peligro se ve, el abismo está palpable y no se arroja nada para tapanle. ¿Queréis que se llene de cadáveres? ¿O creéis tener la fuerza suficiente para saltarlo? **Error**. La mano del plebeyo levantada es la montaña que se despeña. Esa mano no se detiene sino cuando levanta las cenizas de lo que ha destruido. Evitad que la levante, ponedle en la mano el instrumento, barrenad su cráneo con la palabra, señaladle el porvenir dichoso

y, entonces, veréis el pueblo-asociación, no el pueblo-rebaño, no el pueblo cual boa *constrictor* con su boca amenazante. He aquí pues la obra, he aquí la política, he aquí el carácter de una administración histórica. Esto se descuida, esto se olvida y esto no se atiende, sino con la mirada paliativa y miserable de la conformidad.

Se instituyen algunas obras benéficas, pero obras, pero instituciones que son barnices en el edificio que se desploma. Examinad los cimientos, examinad la tierra, examinad el barretero que la cave y entonces examinaréis la cuestión. Mientras tanto, no hacéis sino remendar en lo viejo.

Aquí estamos. La cuestión del siglo es ésta; la cuestión humanitaria es ésta, la cuestión que señala la fatalidad histórica es ésta. ¿No la tomáis en cuenta? Pues idos a confundir entre la turba, bajad de las alturas que indignamente ocupáis. Pero si os conserváis tales como sois, resignaos a tener por única memoria de vosotros la compasión que inspira la ignorancia o el odio que acarrea la maldad.

I - IV CONCLUSIÓN Y FIN

El desarrollo de la revolución ha sido la ley que nos ha guiado para calificar nuestra vida política.

Desarrollar la revolución es continuar la obra destructora, sobre lo que vive del pasado, y organizar las creencias que se arranquen del caos humanitario.

La organización de la sociedad es la consecuencia de la organización de las creencias.

La unidad que organizaba las creencias pasadas, ha sido destruida y el *Que suis-je, où vais-je et d'où suis-je tiré.*⁹

⁹ Voltaire

Qué soy, a dónde voy y de dónde he salido, está patente y necesita la solución científica.

Por consiguiente, nos falta religión científica. Aquí estamos.

Ahora nosotros preguntamos, si la obra del socialista, del legislador, o del que gobierna, es de desesperar, o de permanecer indiferente, o de estarse en las soluciones antiguas de los problemas humanos.

No. Desesperar es del débil. Permanecer indiferente, es de las bestias indignas del nombre de seres humanos. Estarse a las soluciones antiguas, es de la ignorancia impotente. ¿Qué hacer? He aquí la cuestión.

El espectáculo presente es lamentable. Observamos la anarquía intelectual, pero la anarquía es transitoria. El triunfo de lo viejo se ostenta en las formas de la civilización antigua. Todavía hay monarquías, todavía hay aristocracias, todavía hay autoridad papal y eclesiástica. Esto es atendiendo a la cáscara humana y miserable de las cosas. La metafísica social a veces da pasos de gigante, pero siempre presenciamos la lucha del alma y del cerebro. El uno, por entronizar la esperanza y, el otro, por derribar los cielos. Con todo nuestro deber, la cuestión que debemos agitar es la de la averiguación de la **ley** y su carácter obligatorio **como ley**. Dado este paso estoico en la ciencia, lo demás podremos esperarlo, apoyando una mano en la conciencia individual y, con la otra, invocando la inmortalidad.

Por consiguiente, nuestro trabajo en la esfera política y religiosa es de aceptar los hechos indestructibles que reconozcamos y publicarlos.

Así como la duda retrocede ante la conciencia de la existencia del yo, así también la duda política y religiosa se detiene a contemplar el grandioso e irremediable espectáculo de la libertad que hemos conquistado filosóficamente.

La libertad del individuo como cuerpo y

como cosa que piensa. He ahí un hecho.

La igualdad de mi semejante en cuanto es otro templo, donde Dios ha colocado también la libertad. He ahí otro hecho.

La libertad e igualdad social, es decir de todos: **soberanía del pueblo**. He ahí otro hecho.

La libertad de la concepción divina, es decir, democracia religiosa. He ahí otro hecho.

La libertad e igualdad política, es decir, democracia propiamente dicha. He ahí otro hecho.

La conciencia del derecho libre, que da el derecho de defenderlo y propagarlo para convertir en individuos libres a los que no lo son, es decir, derecho de civilizar o de aumentar los hijos de la divinidad. He ahí otro hecho.

De estos hechos nace la base del sistema futuro de creencias. Son pocos pero son irrefragables. Son indisputables. Luego tienen que entrar a servir de base en la religión futura.

Mientras tanto, nosotros, pobres diablos, de buenas intenciones, haremos lo que podamos y saquemos para nosotros las consecuencias siguientes:

Orden, religión y política.

En cuanto al primero, debemos tan sólo atenernos a la moral universal que reconozcamos.

No matarás

No robarás

No adulterarás

No levantarás falso testimonio ni mentirás.

En cuanto al robo, queda vago mientras no se defina la propiedad con relación al derecho de todos para desarrollarse moral y físicamente.

En cuanto al adulterio, queda vago mientras no se defina según la libertad que ha alcanzado la mujer, la esfera de su deber con relación al hombre.

La exaltación de la dignidad individual

produce el sentimiento del honor; pero el honor necesita principios fijos a donde pueda apelar en las aplicaciones de la vida. Queda, pues, por definirlo en sus relaciones. Cuestión del insulto y cuestión del desafío.

Amarás al Creador. Queda, pues, por definir su esencia popular y, científicamente, resolver si es el pensamiento y la extensión o un **ser-persona**. Las espontaneidades sublimes que nos asaltan nos dicen que es un ser persona. La creación de la libertad es para mí la prueba de la libertad divina. La libertad divina es la individualización del creador.

Amar a tu prójimo. La fraternidad es un principio y un sentimiento. Refugio grandioso contra las penalidades de la vida y contra la indiferencia aterrante. Como no amar a su **prójimo**, a su hermano, el que reconoce en sí la omnipotencia de la libertad. Mi prójimo es otro yo, es el depositario de la misma espiritualidad por la que soy; luego, el enlace, el amor entre la comunidad e identidad de tan gran esencia es necesario. He aquí el fundamento inexpugnable de la democracia. Los gobiernos deben, pues, generalizar lo que la ciencia presenta claro, sin símbolo; basta de mentiras. Ésta es la lógica del tiempo y de la revolución. Fomentar las creencias y formas pasadas es retrogradar.

En la **política**, aceptemos del mismo modo los principios expuestos y aceptemos las nuevas formas que acarreen la libertad de cultos; es un paso necesario mejor para preparar la nueva síntesis y el nuevo culto.

La elevación a la soberanía de todos los individuos, es decir, a la fraternidad de la libertad, es el punto definitivo que tenemos. Luego representé el derecho del peón gañán y del último plebeyo. El derecho es uno. Luego, no debe haber sino la representación de su derecho, es decir de una Cámara.

El derecho representado, el proletario tendría representado su derecho de saber: la

educación, o su derecho de tener: la **propiedad**. La educación general se establece a costa de las ricas propiedades que tendrían que aumentar el salario del pobre para que pudiera educarse.

La Cámara de Senadores representa los intereses conservadores o la aristocracia de propiedad. En el primer caso, procura conservar la organización actual, y en el segundo, lo mismo. Luego, en ambos casos procura conservar la desigualdad. Ésta es su sentencia de abolición.

La responsabilidad es relativa. La pena es correctiva.

Luego, la pena de muerte que no califica la responsabilidad y no corrige es injusta. La pena de muerte es impotente de corrección.

La mano del infierno aún se ostenta aferrada en esos carros. Pedir su abolición es insultar al gobierno que no ha borrado en tanto tiempo esa barbarie y que deja que se oiga ese clamor.

Etc., etc., etc.

Estos son hechos a los cuales la duda no se acerca. Mientras no tengamos soluciones científicas de los problemas humanos, realicemos los principios eternos de desenvolvimiento que se presentan claros y lógicos al criterio revolucionario. Si el símbolo viejo ha caído, reemplacémoslo con el espíritu aún sin forma, de la filosofía. La verdad va muy adelantada en su carrera, del estado en que nos hallamos. No procuremos alejarnos, dando por carencia de la palabra nueva, la palabra vieja. Tengamos dudas, suframos, llevemos el peso de las épocas transitorias, pero no retrogrademos para descansar bajo el monumento que se desploma. Sigamos, lloremos si queréis, pero vivamos con el poco de verdad que hayamos alcanzado. No separemos de nosotros al pueblo más de lo separado que se encuentra. Eduquémoslo en la teoría de la individualidad, del derecho de igualdad y del honor. Así se hallará en aptitud de recibir el bautismo de la palabra nueva sin que nos cueste la sangre del mayor número, ni

los siglos que han tardado las demás creencias para organizar una sociedad. Tengamos un oído atento a las espontaneidades de la naturaleza moral; alcancémoslas en su vuelo misterioso y traigámoslas al pueblo, que ansioso nos espera, para explicárselas razonadamente. Exaltemos los sentimientos nobles, empujemos a la fantasía para que los formalice y traigamos esas revelaciones íntimas al receptáculo de la razón para que les imprima su verdad. Acordémonos siempre, en los momentos de la tribulación moral, de aquellos momentos en que la indiferencia asoma su satánica sonrisa, de ese poder inmenso que sentimos, de ese poder terrible en su congoja y la conciencia de ese poder nos

dirá que somos algo. Este algo es la vida, es la revelación que nos dice que llevamos una carga y que el ser que nos la ha dado nos glorifica al encomendarnos una obra gigantesca. Entonces volvemos a la vida y alzándonos titánicos con el conocimiento de la libertad tempestuosa que encerramos, elevaremos a Dios el himno de la libertad tempestuosa que encerramos, elevaremos a Dios el himno de la fe del martirio y pasaremos esta vida con la frente erguida rebotando el rayo y con nuestras miradas desafiando la nube que lo lanza.

Francisco Bilbao
Santiago de Chile, junio 10 de 1844.